

A Napoleón I, cuya carrera tuvo el carácter de un duelo contra toda Europa, no le gustaban los duelos entre los oficiales de su ejército. El gran héroe militar no era ningún bravucón y no respetaba demasiado las tradiciones.

A pesar de ello, la historia de un duelo que se hizo legendario recorrió la épica de las guerras imperiales. Para sorpresa y admiración de sus camaradas, dos oficiales, como insensatos artistas que intentan destilar el oro líquido o rizar el rizo, mantuvieron su lid particular a través de años de carnicería universal. Eran oficiales de caballería, y su relación con este brioso pero desafortunado animal que lleva a los hombres a la batalla parece particularmente apropiada. Resultaría difícil imaginar protagonizando esta leyenda a dos oficiales de infantería, por ejemplo, cuya fantasía acaba domada por la monotonía de sus agotadoras marchas y cuyo valor ha de ser necesariamente de una naturaleza más voluntariosa. En cuanto a artilleros, o ingenieros, cuya cabeza permanece templada gracias a una severa dieta de matemáticas, esto resultaría simplemente impensable.

Los nombres de estos dos oficiales eran Feraud y D'Hubert, y ambos eran tenientes de un regimiento de húsares, pero no del mismo.

Feraud estaba integrado en su regimiento, pero el teniente D'Hubert tenía la fortuna de estar al servicio del general que mandaba la división, como *officier d'ordonnance*. Se hallaban en Estrasburgo, disfrutando, en esta agradable e importante plaza, de un breve intervalo de paz. Ambos estaban a gusto, aún siendo ardorosos guerreros, pues se trataba de la típica pausa, dedicada a afilar el sable y a deshollinar el trabuco, tan apreciada por el corazón castrense, pues no desdorbaba el prestigio militar en la medida en que nadie creía en su sinceridad ni duración.

En estas circunstancias históricas, tan propicias para desarrollar las aficiones propias de un militar, una hermosa tarde pudo verse al teniente D'Hubert siguiendo la calle de un bullicioso suburbio hacia los aposentos del teniente Feraud, que se hallaban en una casa privada con jardín en el patio, perteneciente a una anciana soltera.

En cuanto golpeó la puerta, una joven doncella vestida a la alsaciana abrió inmediatamente. Su lozana figura y sus largas pestañas, que abatió, modosa, a la vista del esbelto oficial, hizo que el teniente D'Hubert, que no era insensible a las impresiones estéticas, relajara la fría expresión de su rostro, típica de cuando estaba de servicio. A la par, observó que la muchacha llevaba bajo el brazo un par de bombachos de húsar, rojos con una raya azul.

—¿Está el teniente Feraud en casa? —preguntó, con cierta benevolencia.

—Oh, no, caballero. Salió a las seis de la mañana.

Y la pequeña doncella intentó cerrar la puerta, pero el teniente D'Hubert, bloqueando su movimiento con gentil firmeza, entró en el vestíbulo haciendo sonar sus espuelas. —Vamos, querida. ¿No pretenderás decirme que no ha pasado por casa desde las seis de la mañana?

Y según decía estas palabras, el teniente abría sin ceremonia alguna la puerta de un aposento tan confortable e

impecablemente recogido que tan sólo la evidencia en forma de botas, uniformes y accesorios militares le permitieron convencerse de que se trataba de la habitación del teniente Feraud. Y también pudo apreciar que, en efecto, el teniente no se hallaba en casa. La fiel muchacha lo había seguido y lo miraba inquisitivamente.

—Hum —dijo el teniente D'Hubert, con claro desaliento pues ya había visitado todos los lugares donde uno podía esperar encontrarse a un teniente de los húsares en una hermosa tarde como esta—. ¿Y no sabrás, por casualidad, querida, por qué salió a las seis esta mañana?

—No —respondió ella inmediatamente—. La noche anterior llegó tarde a casa y esta mañana, a las cinco, cuando me he levantado, estaba roncando. Luego se ha vestido con su uniforme más viejo y ha salido. De servicio, supongo.

—¿De servicio? ¡Ni hablar! —gritó el teniente D'Hubert— Has de saber, chiquilla, que se ha levantado tan pronto para acudir a un duelo con un civil.

La muchacha acogió la noticia sin un atisbo de agitación en sus oscuras pestañas. Era obvio que las actuaciones del teniente Feraud estaban por lo general por encima de toda crítica. Tan sólo elevó un tanto la vista durante un instante con gesto de muda sorpresa; el teniente D'Hubert dedujo de su falta de emoción que había vuelto a ver a Feraud a lo largo de la mañana. Lanzó una mirada por la habitación.

—Venga —insistió, en tono cómplice—, ¿tal vez esté ahora mismo en alguna parte de la casa?

Ella negó con la cabeza.

—Pues entonces, peor para él —prosiguió el teniente D'Hubert, con afán de resultar convincente—. ¿Pero ha vuelto a pasar por casa durante la mañana?

Esta vez la linda muchacha asintió levemente.

—¡Ha estado! —exclamó el teniente—. ¿Y cuándo ha vuelto a salir? ¿Con qué fin? ¿No podía quedarse tranquilamente en casa? ¡Menudo insensato! Mi querida niña...

La natural gentileza del teniente D'Hubert y su fuerte sentido de la camaradería habían potenciado sus dotes de observación, que no solían ser muy notables. Cambió a un tono más suave e insinuante y, mirando a los bombachos de húsar que colgaban del brazo de la muchacha, apeló al interés que demostraba por el bienestar y la felicidad del teniente Feraud. Se volvió insistente y persuasivo. Recurrió a sus miradas, con sus grandes y hermosos ojos, logrando un efecto excelente. Su preocupación por dar de una vez por todas con el teniente Feraud, por su propio bien, parecía tan genuina que finalmente logró superar la discreción de la muchacha. Desgraciadamente, no podía contar mucho. Feraud regresó a casa un poco antes de las diez, fue directo a su aposento y se dejó caer en la cama para volver a dormir. Pudo escucharlo roncar incluso más fuerte que anteriormente hasta bien entrada la tarde. Entonces, se levantó, se puso su mejor uniforme y volvió a salir. Esto era todo lo que sabía.

La doncella lanzó una cándida mirada al teniente D'Hubert, que la observaba estupefacto.

—¡Es increíble! ¡Ir a pavonearse por la ciudad con su mejor uniforme! Querida niña, has de saber que esta mañana ha liquidado a un civil. Tan limpiamente como quien ensarta a un conejo.

Ella aceptó este truculento hecho sin ningún signo de emoción, si bien apretó los labios pensativamente.

—No está pavoneándose por la ciudad —señaló, en voz baja—. Todo lo contrario...

—La familia del civil está armando un buen jaleo —añadió el teniente, siguiendo el curso de sus pensamientos—. El general no está precisamente muy contento. Se trata de una de las mejores familias de la ciudad. Feraud podría, por lo menos, haber permanecido a mano...

—¿Qué va a hacerle el general? —inquirió la muchacha, con ansiedad.

—No creo que le corte la cabeza —respondió el teniente D'Hubert—. Pero su comportamiento es ciertamente

indecente. Se está metiendo él solo en un buen lío, con este tipo de bravuconadas.

—Pero no está pavoneándose por la ciudad... —volvió a murmurar la doncella.

—¡Claro! ¡Ahora que lo pienso! ¡Si no lo he visto por ningún lado! ¿Dónde diantre se ha metido?

—Ha acudido a una cita —sugirió ella, tras unos instantes de silencio.

—¡Una cita! —se sorprendió el teniente— ¿Te refieres a una cita con una dama? ¡Qué cara más dura! Pero, ¿cómo lo sabes?

Sin disimular su femenino desdén por la varonil escasez de luces del teniente, la linda doncella le recordó que Feraud se había engalanado con su mejor uniforme antes de salir. También se había puesto su nuevo dolmán, añadió en un tono que sugería que la conversación ya estaba sacándola de sus casillas, y se giró bruscamente. El teniente D'Hubert, sin cuestionar la certeza de las deducciones, no cayó en la cuenta del importante progreso que suponían para su investigación oficial. Precisamente debido al carácter oficial de su búsqueda, D'Hubert ignoraba con qué mujer podía citarse por la tarde quien por la mañana acababa de ensartar a un hombre. Ambos oficiales tan sólo se conocían superficialmente. Se mordisqueó un enguantado dedo con perplejidad.

—¡Una cita! —exclamó— ¡Una cita con el Diablo!

La muchacha, dándole la espalda mientras doblaba los bombachos de húsar sobre una silla, replicó con una risilla de irritación:

—¡Oh, no! ¡Con Madame de Lionne!

El teniente D'Hubert lanzó un suave silbido. Madame de Lionne, la mujer de un alto funcionario, tenía un famoso salón y ciertas pretensiones de sensibilidad y elegancia. Su marido era anciano y civil, pero la sociedad que paraba en su salón se componía, en su mayor parte, de jóvenes militares. El teniente D'Hubert había silbado, no tanto porque la idea de perseguir al teniente Feraud hasta el mismísimo salón de

la dama le disgustara lo más mínimo, sino más bien porque, habiendo llegado tarde a Estrasburgo, aún no había tenido tiempo de presentarse en sociedad ante la misma. ¿Y qué pintaba ahí un fanfarrón como Feraud? No parecía el tipo de hombres que...

—¿Estás segura de lo que dices? —preguntó el teniente D'Hubert.

La muchacha lo estaba totalmente. Sin girarse siquiera para mirarlo, le explicó que el cochero de sus vecinos de al lado conocía al *maître-d'hôtel* de Madame de Lionne. Obtenía la información por esta vía. Estaba totalmente segura, y al expresar esa seguridad, suspiró. El teniente Feraud se citaba ahí casi todas las tardes.

«¡Ah, bah!», exclamó D'Hubert con ironía. Su concepto de Madame de Lionne se devaluó varios puntos. No le parecía que alguien como el teniente Feraud mereciera tanta atención por parte de una dama de reputada sensibilidad y elegancia. Pero no había nada que decir. En el fondo, todas eran iguales: más prácticas que idealistas. Pero el teniente D'Hubert no permitió que su mente se detuviera demasiado en semejantes consideraciones.

—¡Diablos! —pensó en voz alta—. El general acude de vez en cuando a ese salón. Si casualmente sorprendiera a nuestro amigo haciéndole ojitos a la dama, ¡la podemos tener buena! Nuestro general no es precisamente una persona muy comprensiva, te lo aseguro.

—¡Pues venga!, ¡no se quede usted aquí ahora que sabe dónde está! —gritó la muchacha, enrojeciendo hasta las orejas.

—Muchas gracias, querida. No sé qué hubiera hecho sin ti.

Y tras manifestar su gratitud de una forma insolente que, en un principio, ella rechazó violentamente, y a la cual después se rindió con una súbita y aún más repelente indiferencia, el teniente D'Hubert partió.

Atravesó las calles con un arrogante aire marcial, acompañado de tintineos y chirridos. Perseguir a un camarada en un salón social donde no había sido presentado era una

cuestión que no le preocupaba ni lo más mínimo. Un uniforme es el mejor pasaporte social. Y su posición como *officier d'ordonnance* del general le daba aún mayor seguridad. Además, ahora que sabía dónde se hallaba el teniente Feraud, no tenía otra opción que ir a buscarlo. Estaba de servicio y esa era su misión.

La casa de Madame Lionne resultaba impresionante. Un criado de librea que abrió la puerta a un amplio salón con suelo encerado, gritó su nombre y se hizo a un lado para dejarlo pasar. Era día de recepción. Damiselas con sombreros sobrecargados de profusas plumas, enfundadas en ceñidos vestidos blancos desde las axilas hasta la punta de sus zapatos satinados, parecían frescas sílfides dispuestas en un espléndido escaparate de cuellos y brazos desnudos. Los hombres que charlaban con ellas, al contrario, se amontonaban exhibiendo amplios y coloridos ropajes con cuellos rígidos que les llegaban hasta las orejas y gruesos fajines que embutían sus cinturas. El teniente D'Hubert cruzó impertérrito la sala y se arqueó ante una sílfide reclinada en un sofá, ofreció sus excusas por su intrusión inexcusable si no fuera por la extremada urgencia de la orden que había de comunicar a su camarada Feraud. Propuso volver a presentarse, en cuanto tuviera ocasión, de una manera más formal y se disculpó por haber interrumpido una conversación tan interesante...

Un brazo desnudo se tendió hacia él con graciosa condescendencia incluso antes de que hubiera terminado de hablar. Apretó respetuosamente la mano contra sus labios, anotando mentalmente que era muy huesuda. Madame de Lionne era una rubia con una piel finísima y la cara alargada.

—*¡C'est ça!*¹ —dijo con una sonrisa etérea que descubrió una hilera de largos dientes—. Vuelva usted esta tarde para suplicar su perdón.

—Aquí estaré, Madame.

1 «Eso es»; en francés en el original.